

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Marzo de 1940

Núm. 177

Puntos de vista

Sarcasmo histórico

*L*A democracia ha tenido en Europa una nueva y más ceñida crisis: Finlandia. Toda la defensa del pequeño y heroico pueblo resultó a la postre, inútil. Europa, si bien se conmovió con el espectáculo de un pueblo de tres millones acorralado por uno de ciento veinte millones, no demostró en forma alguna elocuente, el verdadero dolor que el duelo le causaba. Días más tarde de la rendición, el ministro inglés aseguró en la cámara en un ambiente de calma que se habían enviado al pequeño y heroico pueblo, muchos instrumentos de guerra para su defensa. La verdad es que el pequeño pueblo había tenido en jaque a un gigante y lo que es peor se había comprometido en forma decisiva, la fe del proletariado universal. Esto era después de todo, el más positivo de los resultados de esa guerra.

Vencer a un pueblo débil no significa sino repetir la hazaña del león y el cordero. No hay gloria alguna en la contienda sino para el débil y sólo al precio de grandes sacrificios es posible que la humanidad pueda renovar la fe en alguno de los ideales que todavía subsisten. En el caso de Rusia y Finlandia la balanza se ha inclinado del platillo del débil, puesto que si la democracia ha sido vencida, lo ha sido por la fuerza de un país que hasta hace poco aparecía como defensor de una democracia distinta a las hasta ahora existentes. El proletariado tenía fe en Rusia, pues allí había estallado una revolución para salvar el proletariado mundial. De allí habían partido las directivas para las nuevas normas de gobierno; de allí

instrumentos sociales diversos a los que estaban en boga y todo lo que fuera privilegios o abusos o extorsiones o explotación en una palabra, del hombre por el hombre habían sido abolidos después de una trágica revolución.

Y he aquí que como en Polonia, como en Austria y como en otras pequeñas nacionalidades libres e inermes, también en Finlandia, las ciudades fueron bombardeadas, las poblaciones abiertas trituradas por la metralla, los niños y los ancianos y las mujeres, aniquilados y destrozados sin piedad. Todo esto en nombre de la civilización, en nombre de las nuevas doctrinas de humanidad, en nombre de esa democracia superior tan traída y llevada. Es natural que el proletariado universal haya sentido el desaliento profundo que es la consecuencia natural de los trágicos sarcasmos históricos. La paz se ha hecho al precio de mutilaciones que implican una verdadera desaparición del pequeño estado progresista y laborioso que era Finlandia. Las potencias poderosas que han pretendido cambiar la tabla de los valores políticos y sociales del mundo, ya no trepidan en arrasar, en el nombre de esos mismos principios, a los pueblos y nacionalidades débiles. Quieren forjar al parecer una nueva concepción política y forjarla al precio de sangrientas y brutales extorsiones, aplastando a los que se oponen a sus ambiciones y destruyendo con fría y calculada premeditación todas las nociones del derecho y de la justicia. Las democracias están sufriendo cada día una nueva derrota. En 1917 decía Lenín en un discurso: «El Zar y algunos otros quieren someter a Finlandia a la dominación de Rusia. Los proletarios conscientes de su clase y los demócratas rusos están por la libertad de Finlandia».

Los demócratas ya saben de que se trata. No hay nada de lo que se ha dicho anteriormente, que tenga valor para los nuevos teóricos positivos de la guerra y de la destrucción, aunque eso haya sido dicho por los jefes máximos de la revolución proletaria. Es preciso que alguna vez las democracias comprendan que los maquiavelismos de la dialéctica revolucionaria suelen ser superiores en resultados a los más inteligentes propósitos de honradez democrática.